

hombres, y pongan admiración a los que los vieren: *hombres celestiales* o *ángeles terrenales*; y aun si pudiesen ser, mejores que ellos, pues tienen oficio más alto que ellos.»

Y estas mismas ideas y elevada estimación, esta profunda reverencia y gran respeto hacia el ministerio sacerdotal, manifiéstase de muchos y muy variados modos a lo largo de sus interesantísimas exhortaciones a los sacerdotes de Córdoba congregados en Sínodo diocesano (1563), a los que en expresión del Ven. P. Granada, «predicó con tan gran fervor y espíritu, que hubo entre ellos muchas mudanzas», y como también a través de sus 49 cartas dirigidas a eclesiásticos y religiosos, y en un maravilloso tratado inédito sobre el sacerdocio, escondido hasta hace poco en el fondo de los archivos y cuyas primicias ofrecía a los lectores de «Sal Terrae» en 1944 el Padre Camilo Abad, S. J.

Y por el contrario, movido de los mismos sentimientos y de idéntico respeto, pone de relieve el esforzado paladín del ideal sacerdotal la irreverencia y monstruosidad de los sacerdotes indignos; con palabras de fuego estigmatiza al mal sacerdote que, osando acercarse al Altar, menosprecia a Dios y le maltrata en su misma persona; y recrimina severamente a aquellos hombres que en su tiempo, sin escrúpulo ni preparación procuraban esta dignidad como si fuese algún oficio mecánico, más para buscar mantenimiento para sus cuerpos que remedio para sus almas.

Hombre celestial.—Mas este preclaro sacerdote, honra y prez de tan eminente estado, a imitación del Divino Maestro a quien tanto amaba y seguía, no se contentó con hablar y enseñar, sino que *coepit facere et docere*. Su figura y su espíritu, su persona y vida entera como sacerdote, no fué sino reflejo fiel de cuanto con la palabra y la pluma enseñaba.

Y ante todo, era verdaderamente un hombre de oración, un varón de Dios (*homo Dei*), y usando sus propias palabras, un «hombre celestial». Porque—según enseña el gran Papa Pío XI en su Carta Magna sobre el sacerdocio—«si todas las virtudes cristianas deben florecer en el alma del sacerdote, hay algunas que muy particularmente están bien en él y más le adornan; y la primera de todas es la piedad, según aquello del Apóstol a su discípulo Timoteo: *Exerce teipsum ad pietatem* (I Tim. 4, 7).